A HOMILY FOR NOVEMBER

From the Pastor's Desk

En octubre de 2025, escribí una homilía en cinco partes que compartí durante los últimos cinco fines de semana del año litúrgico. Comencé el 30 Domingo del Tiempo Ordinario y terminé en la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. El problema de una homilía en varias partes es que cambié de Misa y, durante uno de esos fines de semana, los diáconos predicaron, por lo que no pude presentar la Parte IV. Les prometí a todos que, como parte de la serie *"Del Escritorio del Párroco"*, ofrecería la homilía por escrito este mes de noviembre. Así que aquí está. Recuerden que esta homilía está basada en las lecturas del Ciclo C correspondientes a esos cinco fines de semana de 2025. Este año ofreceré diferentes homilías basadas en las lecturas del Ciclo A.

PARTE I: 30 Domingo del Tiempo Ordinario

Eclesiástico 35:12-14, 16-18, Salmo 34:2-3, 17-18, 19, 23, 2 Timoteo 4:6-8, 16-18, Lucas 18:9-14

Si esta noche misma nos presentáramos ante el Señor, ¿qué nos diría Él? ¿Y qué le diríamos nosotros a El? No olvidemos que nuestro Dios es justo. La clave de las lecturas de esta semana se encuentra en las palabras del recaudador de impuestos en el Evangelio: *"Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador."*

El Señor escucha el clamor del pobre. No es ningún secreto que las Escrituras, incluyendo las enseñanzas de Jesús, muestran una especial preocupación por los pobres y los oprimidos. Incluso la Iglesia habla constantemente en defensa de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos: los pobres, los que no tienen hogar, los hambrientos y los niños por nacer. Esto no significa que el Señor no escuche a los demás; significa que nuestro Dios, Jesús y la Iglesia siempre buscan la justicia. La justicia nos dice que todos tenemos derecho a ciertas necesidades fundamentales: alimento, ropa, vivienda, un salario digno y la vida. Cuando estas cosas están ausentes, el Señor escucha sus voces. Miremos a nuestro alrededor en el mundo de hoy. Los pobres están a nuestro alrededor y entre nosotros. Sin embargo, con demasiada frecuencia, debido a nuestra propia pecaminosidad, que alimenta nuestro egoísmo, ni siquiera nos damos cuenta de nuestros hermanos y hermanas que están necesitados.

He mantenido la Fe. Pablo clama porque reconoce que, aunque de ninguna manera era perfecto, siempre había proclamado el mensaje del Señor: un mensaje de amor, de justicia y de esperanza. Un mensaje que hablaba de este Dios justo, quien siempre permaneció a su lado y lo protegió. ¿Hemos mantenido nosotros la fe? No me refiero simplemente a asistir a Misa todos los domingos, sino a vivir la fe como lo hizo Pablo. Su vida reflejaba el Evangelio. ¿Refleja nuestra vida el Evangelio y todo lo que representa? Podemos presentarnos ante nuestro Dios justo y decirle: "Sí, Señor, he mantenido la fe."

Ten compasión de mí, que soy un pecador. Estas palabras fueron pronunciadas por un recaudador de impuestos, pero podrían haber sido pronunciadas por cualquiera de nosotros. Él reconoció sus pecados, los reconoció en la presencia de Dios y buscó el perdón delante de este Dios justo. Por sus acciones, fue exaltado. ¿Pronunciamos alguna vez estas palabras con nuestros labios y desde lo más profundo de nuestro corazón? ¿Se interpone nuestro orgullo, que no está dispuesto a reconocer nuestra propia pecaminosidad? ¿Tenemos miedo de decir estas palabras a nuestro Dios, pensando que reconocer nuestros pecados destruirá nuestra relación con Cristo? Miremos lo que sucedió con el recaudador de impuestos. Ahora es el momento de ser humildes ante este Dios justo.

Nuestro Señor nos preguntará: ¿Escuchaste el clamor de los pobres? ¿Terminaste la lucha y permaneciste fiel a la fe? ¿Tuviste la humildad de reconocer tus pecados, como el recaudador de impuestos en el Evangelio?

PARTE II: CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

Sabiduría 3:1-9, Salmo 23:1-3a, 3b-4, 5, 6, Romanos 5:5-11, Juan 6:37-40

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría? ¿Y qué le diríamos nosotros a Él? En este día, recordamos a todos aquellos que han muerto en Cristo. Oramos por el descanso de sus almas, sabiendo que algún día nosotros nos uniremos a ellos. ¿Qué le diremos entonces al Señor?

LAS ALMAS DE LOS JUSTOS ESTÁN EN LAS MANOS DE DIOS. Esta lectura del libro de la Sabiduría nos ofrece un gran consuelo. Piénsenlo: sin tormento, sin dolor, solamente paz. ¡Qué hermosa es nuestra fe! Sabemos y comprendemos que nuestro Dios no es un Dios cruel, sino un Dios que nos lleva hacia Él y nos concede la paz. Pero también estamos llamados a ser justos con quienes nos rodean, con aquellos que están lejos de nosotros y a ser instrumentos de la justicia de Dios.

BAUTIZADOS EN CRISTO, BAUTIZADOS EN SU MUERTE. Por el mismo Bautismo que recibimos, ya sea de niños o de adultos, no solamente recibimos una vida nueva, sino que también estamos llamados a participar en su muerte. Cuando somos bautizados como niños, quizá no pensamos en esto en ese momento, pero esta es la realidad de nuestro Bautismo. Incluso Jesús nos dice que todos los que creen en Él también compartirán sus sufrimientos.

NO MORIREMOS JAMÁS. Marta respondió: **«**Sí, Señor, yo creo». Incluso el prefacio de esta Misa cita la enseñanza de la Carta a los Hebreos: para aquellos que han muerto, la vida no termina, sino que se transforma.

AMOR, FE Y ESPERANZA. Tres dones que el Señor nos ha dado. El *amor* jamás nos será arrebatado. La *fe* nos revela y nos asegura que nuestros seres queridos están con Dios. La *esperanza* arde en nuestras almas y nos dice que algún día volveremos a verlos.

Nuestro Señor nos preguntará: ¿Has sido justo o injusto? ¿Hay algo más que desees? ¿Has vivido tu vida de acuerdo con el Bautismo que recibiste?

PARTE III: FIESTA DE LA DEDICACIÓN A SAN JUAN DE LETRÁN

Ezequiel 47:1-2, 8-9, 12, Salmo 46:2-3, 5-6, 8-9, 1 Corintios 3:9c-11, 16-17, Juan 2:13-22

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría?

AGUAS QUE DAN VIDA. El tema de las aguas que fluyen aparece tanto en la primera lectura del profeta Ezequiel como en el salmo. Nuestra vida con Cristo comienza con nuestro propio Bautismo. Al igual que en la lectura del Antiguo Testamento, el agua es derramada sobre nosotros y nos convertimos en una nueva creación. Recordemos las palabras del rito del Bautismo: "*Te has convertido en una nueva creación en Cristo".* Y así como la creación de Dios es renovada por las aguas vivas y produce frutos, nosotros también estamos llamados a dar fruto con nuestra vida. La Iglesia es el medio por el cual somos lavados del pecado, damos fruto en esta vida y somos perfeccionados en Cristo. Nosotros mismos nos convertimos en templos dignos (moradas) del Señor. Como dice san Pablo a los corintios, somos "santos" porque el templo del Espíritu Santo habita dentro de nosotros.

UNA, SANTA, CATÓLICA Y APOSTÓLICA. Cada fin de semana profesamos nuestra fe mediante el Credo Niceno. Es la misma Eucaristía, el mismo Jesús, en cada liturgia que se celebra alrededor del mundo. Aquí comemos y bebemos y celebramos nuestra unidad con Cristo. Cuando se nos recuerda una catedral lejana, también se nos recuerda que no estamos aquí simplemente para satisfacer un deseo personal de estar más cerca de Cristo, sino que somos uno en Cristo por medio de este banquete eucarístico. Es a través de esta Eucaristía, al igual que por medio de las aguas vivas del Bautismo, que podemos dar fruto. Como dice Ezequiel, somos transformados: nuestras hojas nunca se marchitan y los frutos que damos nunca dejan de producirse.

Hoy, al recordar la dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán, el Evangelio nos recuerda que Cristo mismo es el verdadero y definitivo Templo. Él es nuestro modelo de perfección, santidad y unión con Dios. La ira de Jesús en el Evangelio no se trata simplemente de los animales o de los cambistas que estaban en el templo. Más bien, Jesús proclama que Él mismo es el Templo que jamás será destruido. Al anunciar de antemano su propia muerte con sus palabras, Jesús nos ofrece no solamente la Iglesia de San Juan de Letrán, sino también a nosotros, la certeza de que en Cristo existe nuestra esperanza de resurrección.

ESTA ES NUESTRA IGLESIA. Ya sea que estemos aquí en San José, en nuestra Catedral de San Andrés en el centro de Little Rock, o en cualquier iglesia local; ya sea que estemos en la Basílica de San Pedro en Roma o en San Juan de Letrán, es la misma Iglesia, la misma Eucaristía y el mismo Cristo. Esto es lo que celebramos hoy.

Nuestro Señor nos preguntará: ¿Eres un templo de Dios? ¿Habita el Espíritu Santo dentro de ti? ¿Qué es lo que te consume? ¿Dónde está tu ardor por Dios?

PARTE IV: 33 DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Malaquías 3:19-20a, Salmo 98:5-6, 7-8, 9, 2 Tesalonicenses 3:7-12, Lucas 21:5-19

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría?

IMITEN A CRISTO. Pablo desafía a los tesalonicenses a imitarlo y a comportarse de una manera digna del nombre que llevan: cristianos. La imitación es la clave: imiten al Señor, imiten a los santos e imiten todo aquello que es bueno. Trabajen por la justicia y por todo lo que es correcto. Sean imitadores del Evangelio. Cuando muchas personas piensan en el fin de los tiempos, piensan en cómo "salvarse" a sí mismas. ¿Qué necesito hacer? Pero Pablo nos recuerda que la única manera de estar preparados para la venida del Señor es imitarlo en todas las cosas.

VIVAN LA VIDA CRISTIANA. ¿Qué nos ha enseñado Cristo? ¿Qué nos ha enseñado la Iglesia? ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos ofrece la Eucaristía? Al prepararnos para el final, simplemente debemos vivir aquello que profesamos con nuestro corazón, nuestra mente y nuestros labios. Cada vez que vemos películas o escuchamos hablar del "fin de los tiempos", siempre lo relacionamos con la destrucción. Pero cuando vivimos la vida cristiana cada día, estamos siempre preparados para lo que pueda venir. Nuestra preparación no consiste en vivir con miedo al futuro, sino en vivir fielmente el presente.

ESPEREN EL SUFRIMIENTO. El sufrimiento no viene necesariamente de un terremoto, de una hambruna o de la destrucción de este planeta. El verdadero sufrimiento surge cuando intentamos alinear nuestra voluntad con la voluntad de Dios. El sufrimiento nace del abandono total de aquello que somos por nosotros mismos y de revestirnos de la Sabiduría de Dios. En otras palabras, nuestro sufrimiento consiste en morir a nosotros mismos para que podamos reflejar la imagen y semejanza de Dios. El sufrimiento nos purifica y nos prepara para nuestro encuentro con Dios.

PERSEVEREN. Jesús nos dice que, por nuestra perseverancia, salvaremos nuestras vidas si permanecemos firmes hasta el final. Sea lo que sea que comencemos a hacer, debemos terminar nuestra misión. El miedo al fin de los tiempos está ligado a la falta de perseverancia. No importa lo que se presente en nuestro camino; cuando estamos enfocados en Dios y solamente en Él, estamos verdaderamente preparados para el regreso de nuestro Señor.

NADA NUEVO HAY BAJO EL SOL. En realidad, ya hemos escuchado todo esto antes. Habrá personas que intentarán crear miedo acerca de la venida del Señor. Pero a lo largo de este año litúrgico, Jesús, en el Evangelio de Lucas, nos ha estado preparando para este día. ¿Han estado escuchando? ¿Han comprendido? Estar preparados para el fin de los tiempos no significa prepararnos para algo que podría suceder o no suceder hoy. Significa estar preparados hoy para aquello que sucederá mañana. Pero no se trata de la destrucción de este mundo ni de nuestras vidas tal como las conocemos. Se trata de nuestro encuentro con Dios, cara a cara. El pueblo le preguntó a Jesús: "¿Cuándo sucederá esto? ¿Cómo será?"

Nuestro Señor nos preguntará: ¿Me has imitado en todas las cosas, especialmente al buscar la justicia para todos? ¿Has sido un modelo de santidad? ¿Has perseverado en la fe??

PARTE V: CRISTO REY

2 Samuel 5:1-3, Salmo 122:1-2, 3-4, 4-5, Colosenses 1:12-20, Lucas 23:35-43

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría?

DESDE LA CREACIÓN DEL MUNDO. San Pablo lo expresa maravillosamente en su carta a los Colosenses: "Él es el primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra". Esta creación que llamamos «mundo», y todo lo que existe en él, pertenece a Dios. Todo ha sido creado maravillosamente. Todo es bueno. No se habla del mal ni del pecado. Este mundo y todo lo que contiene refleja el amor de Dios, la imagen de nuestro Creador.

EL PECADO ENTRÓ EN EL MUNDO. Conocemos la historia del Génesis. Sabemos que las cosas empeoran: nuestra debilidad, nuestra incapacidad para dominarnos; volvemos a pecar. La belleza de este mundo queda cubierta por la oscuridad del pecado. De alguna manera, comenzamos a buscar un Salvador. Y entonces entra en nuestra historia nuestro Salvador, Jesús. Comienza nuestra historia de salvación. Su misión da inicio a tres años de ministerio en los que comienza a proclamarse el Evangelio que busca restaurarnos a la bondad. A seguidores y discípulos por igual les dice: "Transformen sus vidas", "Crean en la Buena Nueva", "Han sido sanados", "Han sido perdonados". "Yo seré su pastor; ustedes serán mis ovejas, mi pueblo". Parecía que el bien había triunfado sobre el pecado. ¡Pero no! El mal se manifestó en aquellos que estaban en contra de Jesús: los fariseos, los escribas y hasta su propio pueblo: "¡Crucifíquenlo! ¡Crucifíquenlo!" Y lo hicieron. Parecía que nuestro Mesías había perdido. Incluso en la cruz, el mal estaba presente en la figura de uno de los malhechores. Pero vemos la victoria final en las palabras de Jesús: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Todos conocemos el resto de la historia.

CRISTO REY, HOY Y SIEMPRE. Hoy celebramos esa victoria: el bien ha vencido al mal. De hecho, siempre lo ha hecho. Al final de este año litúrgico, celebramos aquello que hemos estado celebrando desde la Resurrección: Jesús es nuestro Salvador, Él es nuestro Rey, Él es nuestro Señor. Él ha obtenido la victoria y, ante la muerte, ya no hay victoria ni aguijón.

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría? No tengan miedo de presentarse ante nuestro Rey. No tengan miedo de ese día. Él nos muestra el camino. Denle gracias, porque Él es bueno. Escuchen el clamor de los pobres. Mantengan la fe. Caminen humildemente ante su Dios. Sean justos. Que los consuma solamente aquello que viene de Dios. Imítenlo en todas las cosas, buscando la santidad y la gracia.

Si esta misma noche tuviéramos que presentarnos ante el Señor, ¿qué nos diría? Si han escuchado al Señor hablarnos durante estos últimos cinco fines de semana, saben que debemos ir con alegría a la casa de Dios. Si hacemos bien las cosas, Él nos abrirá la puerta del Reino de Dios.

Padre John